

Una Relación Primaria Entre lo Académico y lo Social Como Problema de las Sociedades y de la Sociología en Latinoamérica

Por Oscar URIBE VILLEGAS, del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

LAS líneas siguientes apenas si constituyen una simple nota destinada a consignar, en forma esquemática, una hipótesis de trabajo. Líneas son éstas consagradas —por tanto— a lo que los recién llegados al campo de la pesquisa social en particular, o de la investigación científica en general, han dado en vituperar en coro unánime. Hipótesis de trabajo que, si bien es verdad —y hace bien en recordarse esto— no constituye por sí sola toda la investigación —en cuanto es sólo paso inicial—, tampoco es elemento del que pueda prescindirse en una pesquisa que no olvide el que su validez depende de su totalidad en cuanto proceso articulado de fases o etapas imprescindibles, porque, si bien es cierto que una investigación que se queda en la hipótesis de trabajo es una investigación abortada o que no pasa de la etapa embrionaria —y que, por lo mismo, está dotada sólo de una especie de vida latente, pero nada más—, no es menos prudente observar que quienes quieren lanzarse a la investigación en forma inmediata, movidos de menosprecio hacia las hipótesis iniciales correspondientes, se ponen o colocan en la situación del hombre primitivo para quien el nacimiento de un nuevo ser responde a una promoción milagrosa, sin conexión alguna con el acto carnal previo entre dos seres humanos; postura —la de esos pseudo-investigadores— paradójicamente “espiritualista” en el mismo grado en que pretende ser “realista”, situarse a ras de la realidad, tomar sólo los hechos brutos que ofrece la empiria, los fenómenos que se producen

en la realidad histórico-social sin prejuizar de ellos, etc., según frases que se repiten ya sin mucha convicción, en cuanto se han vaciado de su legítimo sentido inicial, pero sobre las que se insisten, en cambio, porque suenan bien, porque están de moda o porque, tras haber estado de moda, se han convertido en rutinarias: en esquemas verbales trillados que pretenden reflejar verdades conocidas, recibidas, aceptadas.

Y no nos preocupa el extender por varias líneas lo que pudiera parecer una consideración meramente introductoria, porque, en última instancia, podría demostrarse que ese desprecio por las hipótesis de trabajo responde a la situación colonial académica a la que trataremos de referirnos. Porque, en último término, puede ponerse de relieve que tal menosprecio procede de unos recién colonizados de la cultura, carentes del enraizamiento necesario en la tierra sementera de las tradiciones culturales de la sociedad a la que pertenecen, y que apenas si alcanzan calidad de parásitos o de comensales de tradiciones culturales diferentes, con las que pretenden vestirse y adornarse sin haberlas convertido auténticamente en carne, en sangre, en pensamiento, en sentimiento, en entusiasmo propios. Porque convertir tales tradiciones culturales ajenas en tradiciones culturales propias —injetándolas al tronco de la propia cultura— representa sufrir, en minutos, dolores de parto, angustias de alumbramiento que otras sociedades han padecido en un desarrollo de siglos, regido por ritmos internos mucho más lentos —y esto, el *tempo*, es algo que a menudo se olvida al pretender hacer comparaciones entre sociedades diferentes—, preservados por una línea de continuidad histórica de los bruscos cambios críticos que nuestros hombres y nuestras sociedades —puestos en los umbrales de una civilización que se nos presenta como hecha, como conformada, y que resulta de otras líneas el desarrollo histórico y cultural— tienen que padecer y tendrán que padecer aún durante mucho tiempo. ¡Son tantas las ocasiones en que nuestros hombres, en Latinoamérica, tienen que producir su obra tan rápidamente como sea posible y lo menos mal posible, en vez de serles asequible lo mejor posible por estarles asimismo vedada la larga gestación de un tiempo histórico-social distinto! . . .

Menosprecio de las hipótesis de trabajo e indebida exaltación —indebida por abusiva y no por otra razón— de los puros procesos de elaboración, o de éstos y de las técnicas de cosecha de datos, representa —en efecto— un síntoma de colonialismo. Quien practica tal menosprecio se destina voluntariamente a la servidumbre —encuentra su vocación en el “ser sirviente”— de quienes, en otros países, han adelantado ciertas hipótesis de trabajo que él se encargará simplemente de

probar mediante procedimientos que también le han sido enseñados desde fuera. Y se destina a tal papel, principalmente, porque teme sufrir esos dolores de parto gracias a los cuales la mente da a luz —con base en una experiencia y en una observación constante, sostenida, torturada, de la vida social— esa hipótesis de trabajo que representa el punto de arranque de la investigación misma; la invitación a nuevos esfuerzos y a nuevas torturas, en cuanto la hipótesis —que no es prejuicio, en cuanto desechable, en cuanto no existe adhesión emocional a ella—, al ser docimada o *testada* mediante las pesquisas correspondientes, puede conducir al rechazo de aquello que, con todo, fue un producto esforzado de la inteligencia. Y de algo más que de la inteligencia, en cuanto el estudioso pone en su estudio su ser todo; en cuanto —como debe ser— se juega él mismo en la empresa, puesto que en el campo investigador de lo social sólo caben situaciones comprometidas en las que el investigador actúe viéndose en la humanidad que observa, identificándose con ella —aun cuando se trate, por ejemplo, de la humanidad criminal—, aun cuando, por otra parte, deba permanecer frío y objetivo —en esa actividad paradójica de adhesión y de desprendimiento; de identificación y de apartamiento judicial—, “como si en ese examen, como si en ese análisis, como si en esa síntesis, como si en esa explicación, como si en el mismo enjuiciamiento ulterior, que no puede evitar, le fuera en ello la salvación eterna”

De todo lo anterior, recogeremos unas pocas cosas: vamos a plantearnos una hipótesis de trabajo. El menosprecio que merezca a algunos tal planteamiento no nos asusta, porque tal menosprecio lo imputamos a los recién colonizados de la cultura, y estas líneas se dirigen —quizás en tono precautorio— a quienes se inician o están adentrados en el campo académico, sea por su actitud, sea por sus conocimientos; a quienes, con erudición o sin ella, se niegan al colonialismo intelectual por destinarse al universalismo, y luchan o están dispuestos a luchar (que es entre los jóvenes entre quienes se dan más puros estos entusiasmos), por una situación igualitaria en lo técnico, en lo civilizatorio, con respecto a naciones que a las nuestras les han ganado la delantera en este terreno; a naciones que pudieran sentirse con vocación colonizadora y las cuales comprenderán pronto que nuestra admiración por sus logros —que siempre ha sido legítima y sincera—, que nuestro deseo de identificación con ellas no encubre infecundidad de nuestra parte; que, al recoger nuestra propia cosecha en lo futuro y ofrecérsela a ellas mismas, que nos han dado y nos seguirán brindando las suyas, buscamos un universalismo digno, una justa participación y una res-

ponsable cooperación en el disfrute y en la creación de los bienes culturales, civilizatorios, técnicos.

Eso, por lo que se refiere a nuestra primera pre-ambulatoria.

Segunda consideración preambulatoria: nuestra hipótesis de trabajo la hemos de plantear sobre una base deductiva. Y advertir que lo hacemos conscientemente resulta necesario —casi indispensable— a fin de que no se piense que cometemos delito contra los usos establecidos en estos últimos años, por mera imprudencia de nuestra parte. Porque es indispensable que se sepa que —a sabiendas— realizamos lo que no nos parece que sea delito fuera de esta *situación transitoria* que es preciso superar si la investigación en México en particular, y en Latinoamérica en general, ha de prosperar y no estancarse en las aguas muertas de manipulaciones y elaboraciones más o menos rutinarias que parecen afirmar —tácitamente— que toda la sociología posible sobre la Tierra se encuentra contenida en una máquina de calcular o en un cerebro electrónico, a cuyo servicio se hubiese puesto a un ser humano reducido a puras actividades musculares y nerviosas elementales; si no ha de desembocar tal investigación: en la acumulación de datos; en la reunión de promedios, coeficientes, índices, etc., más o menos bien elaborados; en la colección de un conjunto de materiales destinados a una inducción que no se realiza nunca, porque, cortada o podada del tronco metodológico-procesal inductivo-deductivo, la inducción misma llega a perder su sentido y su utilidad. Si no ha de desembocar tal investigación en el callejón sin salida de la cuantificación abusiva y desorientada, al huir —presa de temor pánico— de aquel otro extremo vituperable de la lucubración puramente teórica, desprovista de las cualidades de una cuantificación *prudente*; de esa lucubración gestada en el cerebro —más o menos imaginativo— de un hombre.

Nuestra hipótesis se plantea sobre una base deductiva; se yergue sobre el cimiento de la deducción —¡esa otra gran menospreciada de nuestro tiempo; esa gran hija del pensamiento clásico a la que, en la mente de quienes por ver lo próximo no alcanzan a ver *también, conjuntamente, y no únicamente lo remoto*, ha opacado el brillo estupendo de los métodos inductivos trabajados por John Stuart Mill, y, hasta cierto punto, que también ha sido opacada por las construcciones no menos admirables de Karl Marx y de Friederich-Engels—. Y el razonamiento correría —más o menos— por el siguiente cauce silogístico:

Una verdad generalmente admitida en el campo de la sociología (y verdad que, si extremamos mucho las cosas, no es, finalmente, sino una primera y pivotal hipótesis sociológica que tendrá que comprobar o re-

chazar el esfuerzo de generaciones enteras de estudiosos) consiste en afirmar que cada una de las sociedades humanas constituye una totalidad solidaria de todas sus partes —una realidad entealequial, diríamos para apuntar una conexión filosófica que nos parece puede resultar fecunda en lo futuro—; totalidad trabada semánticamente, que se brinda a la observación como una concreta forma histórica unitaria (en la cual, sin embargo, cabe que intervengan elementos disruptivos); realidad deviniente armónica (que, sin embargo, puede estar sujeta a cambios trastornadores o perturbadores de la armonía interna de cambio de la misma: a situaciones críticas, de coyuntura...). Premisa mayor.

Verdad que, asimismo, pone de manifiesto un estudio —así sea superficial y no profundo (y en esto también hay mucho de hipotético aun cuando las bases sean mucho más firmes en cuanto nos movemos en terreno más concreto), es la que consiste en afirmar que México —y en mayor o menor grado que él los demás países latinoamericanos lo son—, país si no plenamente colonial, sí es por lo menos —desgraciadamente—, y según tenemos pleno convencimiento de ello (puesto que en la vida diaria y en su vida política el mexicano actúa en función de tal convencimiento), un país económicamente semicolonial. Premisa menor.

Conclusión: Puesto que las sociedades son —en términos generales— totalidades solidarias (o que tienden a constituirse como totalidades solidarias haciendo desaparecer las incongruencias que eventualmente puedan aparecer entre sus diversos sectores), y la sociedad mexicana presenta una situación de semicolonialismo en el terreno económico ¿no puede postularse como hipótesis de trabajo el que esa situación semicolonial muy posiblemente se reflejará en todo el conjunto de partes íntimamente trabadas que la constituyen, y que, en forma final, puede afirmarse, asimismo dentro de un grado muy alto de verosimilitud, que México y los países latinoamericanos en general presentan una situación de semi-colonialismo no sólo en el campo de la economía, sino en el campo de lo académico? La otra componente de la alternativa —que México, que Latinoamérica no son coloniales o semicoloniales en lo académico, siéndolo como lo son en lo económico— representaría una responsabilidad mucho más terrible para quienes vivimos en el territorio académico, cultivándolo, según creemos, pero alimentándonos de él, pesando sobre él en tal caso, en cuanto esa supuesta situación de autonomía académica de México, de Latinoamérica, no se transmitiría al sistema todo, en cuanto su acción no repercutiría en una liberación económica, en una dignificación política internacional.

Responder por la afirmativa nuestra interrogante previa no quiere decir —para los vigías que mantienen el otro extremo de una cuerda que se mantiene tensa, en una tensión que en veces no resulta comprensible a quien, sospechoso de eclecticismo, sólo trata de superar las contradicciones con el fin de mantener en movimiento y de no detener la marcha dialéctica iniciada— que nos pronunciemos en favor de determinada tesis que afirme la fundamentalidad de lo económico —estructural frente a la superestructuralidad de lo cultural— o, a la inversa, por la fundamentalidad de lo cultural frente a la económico, que resultaría ser, en tal forma, variable dependiente de lo cultural mismo, ya que, tanto una tesis como la otra son otras tantas hipótesis de trabajo, mucho más ambiciosas que aquellas con las que, por el momento, nos conformamos, reconociendo que está por encima de nuestras fuerzas el afirmar, *con plena certidumbre* (no podemos olvidar que uno de nuestros campos de interés está en la estadística y en su formativa mental probabilitaria) *que sólo una y en todos los casos, así como en todos los momentos del desarrollo dialéctico* tenga validez, en tanto que la otra sería totalmente inválida. Nuestra hipótesis (más modesta, por lo tanto) se reduce a afirmar que, debido a la trabazón existente entre sus partes, subsiste, en proporción muy considerable, en México y en Latinoamérica en general, una situación colonial que, casi plenamente comprobada en el campo económico, nos permite diagnosticar una situación análoga en el territorio académico.

La comprobación precisa, rigurosa, de nuestra hipótesis, no nos es asequible: apenas si lo sería para un equipo nutrido y entusiasta de investigadores; apenas si lo sería para quienes estuviesen dispuestos a emprender la labor ingrata de enfrentarse en la práctica, en la pesquisa misma, con las dificultades de realización que opondrían intereses particulares a un escrutinio que quizá pusiera de manifiesto que, bajo la capa y la piel, no existen sino sombras —aun cuando no siempre existan tales sombras por pura y malévolamente intención, sino, en muchas ocasiones, por miopía, así como, en muchas otras, tales sombras no llegan a convertirse en cuerpos substanciales por cobardía; por la cobardía de no sufrir esos dolores de parto que la *auténtica* investigación implica; por no sufrir las angustias del intelecto, por entregarse a la postura cómoda de los manipuladores de máquinas que tantas veces las operan con la mente y el corazón ausente—. Inasequible la comprobación precisa de la hipótesis —que en su comprobación o rechazo nos parece crucial para el devenir histórico de México y de Latinoamérica, de la que forma parte—; pero, en cambio, hay algunas vías de ataque por las que con cierta cautela y

cierto pudor puede tomarse, y al través de las cuales sería posible llegar a esa precisión, a ese rigor gracias al cual podría puntualizarse el grado de semicolonialismo intelectual que padecemos, y los riesgos o márgenes de error a que estarían sujetas nuestras conclusiones en el sentido de postular tal colonialismo.

Podemos tomar por el camino de los paralelismos, a fin de encubrir un poco lo que sería demasiado lacerante a una visión directa de desnudeces llagadas. La situación semicolonial en lo económico —se ha dicho—, depende, fundamentalmente, de la falta de industrialización del país frente a la avanzada industrialización de otras regiones del mundo. Análogamente, puede afirmarse que la situación semicolonial de lo académico tiene sus raíces en la falta o en la insuficiencia de la investigación científica y humanista en el país, o en la inadecuada comprensión de lo que tales investigaciones implican. En lo económico, nuestros problemas se relacionan con el hecho de que, exportadores de materias primas, importadores de productos elaborados, estamos incapacitados para, siguiendo el proceso industrial en su totalidad, hacer de las materias primas productos elaborados; nuestra deficiencia es tecnológica (o, si queremos establecer la analogía sobre bases asimismo terminológicas, que no prejuzguen de las jerarquías entre los procesos industriales y los procesos inquisitivos, *nuestra deficiencia es metodológica*); carecemos, en muy buen grado, de los conocimientos metodológicos y del instrumental necesario para la elaboración de las materias primas que podrían darnos los productos elaborados que necesitamos. En lo académico, sucede cosa parecida: tenemos un precioso material primo, tentador para la exportación, especialmente en el campo de las ciencias sociales. “México, tierra de contrastes”, “México, laboratorio social”, “México, mosaico étnico-cultural”, “Brasil, crisol de razas”, etc., son frases acuñadas que corren de boca en boca, que, como los incentivos turísticos, atraen a gran número de turistas intelectuales, entre los cuales no obstante, suele venir y viene el visitante cuya llegada honra, el investigador cuya preocupación por nuestros países merece atención y agradecimiento. . . . Frases acuñadas, propias para incitar al turismo intelectual, pero, más aún, adecuadas para tentar a la inversión extranjera de capitales intelectuales, así como también para promover entusiasmo entre quienes están dispuestos a explotar las riquezas naturales (en este caso, la riqueza de problematicidad social del país) sin preocuparse de las consecuencias que ello pueda tener para las generaciones presentes o futuras que lo habitan, en cuanto esa misma explotación —cuando no

está sujeta a controles morales muy fuertes, a controles ético-profesionales muy estrictos— puede resultar depredatoria.

Y el problema es grave *no porque quien estudie la problematidad social del país sea un extranjero* —nosotros hemos de reivindicar asimismo algún día el derecho de estudiar otras realidades sociales con fines compartivos orientados sociológicamente— sino *porque no nos estudiamos suficientemente nosotros*; porque no nos estudiamos ni suficientemente, ni con el debido rigor, ni con el conveniente entusiasmo, *ni dentro de los patrones metodológicos que podrían permitir el alcanzar cierta confianza en la validez de nuestras conclusiones.*

Y el problema es grave, porque esa materia prima del intelecto, porque esos hechos brutos de lo social que se han de elaborar en las mentes extranjeras dispuestas a hacerlo, representan una ulterior importación de materiales elaborados; y es ésa una importación de materiales que no siempre han sido sujetos a una elaboración objetiva; elaboración de materiales dentro de las perspectivas —ajenas— del autor y que —aquí está lo grave— *nosotros aceptamos, NO COMO ELABORADOS DESDE UNA PERSPECTIVA AJENA (e invalidables por lo mismo desde la perspectiva propia), sino como si correspondieran a nuestra propia perspectiva*; olvidándonos de que no ha sido a uno de los nuestros (a uno de los que encarnan nuestros mismos esquemas mentales y a quien mueven intereses análogos) a quien ha correspondido la tarea de juzgar, sino a alguien ajeno (a alguien en quien funcionan otros esquemas mentales, a quien mueven intereses que incluso pueden ser perjudiciales). El libro de Frank Tannenbaum, *México, la lucha por el Pan y por la Paz* y la reacción saludable que produjo en 1951 de parte de Cosío Villegas, González Casanova, Germán Parra, Loyo, Zea, etc., fue a un modo de chispazo, sintomático de una naciente toma de conciencia académica en este sentido: los análisis y las propuestas de Tannenbaum podían ser apropiadas desde su perspectiva, encarado México como país ajeno; resultaban inadmisibles desde la perspectiva propia de los mexicanos. Pero aquel chispazo fue prácticamente único y —¿por qué no decirlo?— se vio un tanto dañado de sensacionalismo en cuanto no contribuyó a desarrollar una actitud de vigilia permanente y una actitud también de permanente fortalecimiento de energías críticas, pero también de energías creadoras, dentro de nuestro mundo socio-académico.

O sea: que el problema más grave estriba en que, desprovistos de la metodología adecuada para elaborar nuestras propias materias primas y convertirlas en productos elaborados; en cuanto desprovistos de la tec-

nología indispensable para seguir todo el proceso industrial (en lo económico), todo el proceso investigador (en lo social), carecemos asimismo de los instrumentos críticos indispensables para mostrar lo que el perspectivismo ajeno ha puesto de extraño en esos materiales elaborados; porque, en suma, con la importación de nuestras propias materias primas intelectuales, incluidas en productos intelectuales elaborados, estamos aceptando e importando una perspectiva distinta de la nuestra; estamos falsificando nuestra vida que, a partir del momento de la importación, ha principiado a guiarse por las normas de esa perspectiva que se toma en préstamo; porque estamos sirviendo a quienes constituimos así en nuestros amos coloniales en lo académico, en cuanto estamos aceptando la perspectiva que puede servir a sus propios intereses y no a los nuestros. Cuando la piqueta arrasante barre con los edificios de arquitectura importada y no afín con nuestras tradiciones arquitectónicas de la época porfirista, la sociedad mexicana —podemos verlo como manifestación sociológica palpable— se libra de un elemento no afín, de un elemento que “no congenia” con su totalidad estructural, y se siente alivio con ello: lo que era peligroso, en cuanto no asimilado o asimilable, se ha eliminado, pero ¿qué ocurrirá cuando se importen a un ritmo creciente y sin precaución alguna elementos que atentan contra esa estructura misma que a semejanza de un organismo sano se ha librado de elementos de postiche que la molestaban? Lo que estará en juego entonces, será la supervivencia misma del sistema en cuanto tal...

¿De qué depende el que seamos coloniales en lo académico y que, al serlo, aceptemos cada vez más perspectivas ajenas? De nuestro grandísimo atraso metodológico; de nuestra incapacidad creadora en el campo de la tecnología científica; de que, o nos concretamos con tomar nuestras materias primas y con elaborar, basándonos en ellas, algunas consideraciones acerca de nuestros problemas sociales, o, tomando métodos, fórmulas, índices elaborados en otros países, manejamos tales datos, llegamos a un resultado numérico y lo interpretamos... Porque estamos siempre a la espera de la última fórmula descubierta en el extranjero para poner a funcionar nuestras maquinitas de calcular y ver cuáles son los resultados concretos que en el caso podrían obtenerse para México. Porque aún no hemos sido capaces de librarnos de esta última tutela intelectual —convirtiéndola en colaboración intelectual— que pocos se percatan de en qué grado tan considerable pesa y lastra el desenvolvimiento académico de México. Y no nos hemos percatado de que el decalaje o el defasamiento entre la civilización y la barbarie se ha acor-

tado, pero que, no obstante, subsiste cualitativamente —y en forma suficiente a pesar de las aminoraciones cuantitativas—, y ese decalaje o defasamiento estriba precisamente en esto: en la posesión o en la carencia de un instrumental metodológico; en la creatividad o en la infecundidad metodológica. ¿Puede asombrar entonces el que el Dr. Lucio Mendieta y Núñez —sin enunciar expresamente y en forma idéntica inquietudes como éstas, pues quizá tuviera varios puntos de discrepancia que anotar— muestre un interés creciente, un interés cada vez más patente por poner en manos de los estudiosos latinoamericanos un instrumental metodológico más rico, pero, asimismo, por incitarlos a desarrollar nuevos métodos y fórmulas adecuados para la captación de las realidades sociales de Latinoamérica y del mundo? Y ¿puede asombrar también que cuando muchos de los preocupados y de los creadores de la metodología en otros países parecen olvidarse o dejar en un segundo plano esa preocupación fundamental, él mismo, superando las limitaciones de nuestro medio semicolonial académico, lleve esa inquietud metodológica al seno de reuniones internacionales y, de este modo, proyecte los intentos de superación de la realidad social y académica latinoamericana para beneficio de la realidad social y académica mundial?

Claro está que no se trata, dentro de una postura chauvinista, de rechazar cuanto nos venga de Oxford, de Cambridge, de París, de Estocolmo, de Princeton o de Moscú, para descubrir el fuego, nuevamente, con un inútil gasto de energía. Claro está que no se trata, dentro de una postura infantil —que no hace sino imitar lo hecho por Auguste Comte sin tener los elementos para sacar el máximo fruto de tal imitación—, de negarnos sistemáticamente a toda lectura extraña, con el fin de permitir el máximo florecimiento de lo propio, puesto que, en este campo, más que en ningún otro, debe de pensarse en las fecundaciones cruzadas: de gentes de unos países por estudiosos de otros países; de cultivadores de una disciplina por quienes cultivan otra... Pero sí se trata de superar una situación académica semicolonial en la que, en vez de la cooperación, se establece una competencia absurda —falta de tradición académica y reflejo de un sistema mercantilista en los claustros universitarios—, y los competidores intelectuales se ocultan unos a otros sus lecturas, en cuanto hacen radicar su máxima originalidad en la posesión del último libro salido de las prensas parisinas o estadounidenses que no ha caído aún en manos de un competidor menos afortunado; porque se trata, en este sentido, de aceptar cuanto nos venga de París, y de Oxford, y de Princeton, y de Estocolmo, y de Moscú si ello sirve para captar las realidades sociales más próximas y más remotas,

pero de aceptarlo no para beneficio puramente individual, sino dentro de una postura generosa y de cooperación para beneficio colectivo que ponga nuestras lecturas al alcance de quienes laboran junto a nosotros en el territorio académico a fin de que el grupo universitario latinoamericano, al que pertenecemos, se impregne de las realizaciones sociológicas universales, pero no con el único objeto de que esto llegue a ser estación de llegada, sino con la finalidad más alta de que sirva como punto de partida para realizaciones propias que, a su vez, entren en el juego dialéctico de la investigación sociológica mundial y mantengan vivas las mismas corrientes intelectuales que, llegadas desde fuera, en el pasado, nos han nutrido y en forma considerable nos seguirán nutriendo.

Porque, de lo que sí se trata es de que nos pongamos en disposición —de que nos habilitemos—, cueste lo que cueste, para descubrir otras fórmulas, para elaborar otros procedimientos que complementen los que han surgido ya en Oxford, en Cambridge, en París, etc.; capacitar-nos para poder llegar a brindar a los estudiosos oxfordianos, parisinos, etc., procedimientos elaborados en México en particular y en Latinoamérica en general, que eventualmente puedan llegarles a ser útiles, no sólo porque nos mueva el prurito de codearnos con los grandes de la cultura y de la civilización —lo que no sería tampoco puro *snobismo*, puesto que nuestros países poseen recias raíces culturales en la indigenidad americana y en la latinidad europea—, sino con el propósito muy serio de que nos sintamos respaldados por una preparación sólida para sostener nuestras tesis, no solamente científicas, sino nuestras mismas tesis económicas; para dar fundamento a nuestras proposiciones económicas y políticas en las reuniones internacionales; a fin de que podamos juzgar de nuestra sociedad con criterios adecuados, procedentes de nuestra sociedad misma y podamos mostrar la coherencia interna de tales enjuiciamientos. . . porque, es difícil creer que sea menos hábil en el manejo de un arma quien, antes de inventarla, la ha tenido en su cerebro, ha previsto las dificultades de realización y de operación, ha pensado asimismo en posibilidades de máxima utilización tomando como datos sus características propias, que quien, de improviso, la toma y la maneja. Y es esta la situación comparativa de quien meramente utiliza técnica frente a quien concibe, desarrolla y maneja métodos.

Es necesario —indispensable— que pase el tiempo en que en nuestro medio prosperaban los meros difusores de la cultura, cuya única valía estribaba en conocer la última palabra de los oráculos europeos o estadounidenses. . . Ese tiempo constituyó una etapa, y una etapa indispensable dentro del desarrollo cultural de México. Pero, esa etapa

tiene que superarse si México ha de salir de la situación colonial en lo académico. Quienes trajeron a estas tierras la palabra de los grandes oráculos de la ciencia y de la cultura, cumplieron una labor, y una labor benemérita. Quienes importaron fórmulas y trataron de aplicarlas a la realidad de México, cumplieron asimismo con un cometido, y con un cometido digno en su hora. Quienes adaptaron fórmulas ajenas a la realidad mexicana, transformando y casi recreando tales fórmulas, están más próximos a nosotros, y son dignos de nuestro mayor respeto. Quienes tratan de vertir los logros científicos de los diferentes países del mundo en los moldes de la mentalidad mexicana, dándoles una sistematización destinada a facilitar el que el mexicano los capte y los incorpore a su patrimonio intelectual —llegue a encarnarlos y no simplemente a vestirlos— se encuentran entre nosotros, y están preparando el camino para quienes han de venir, pero que ya se encuentran en los umbrales de la historia cultural de México, de Latinoamérica. Son ellos, quienes al hacer propio —al convertirse en carne y sustancia de México, de Latinoamérica, acorde con la mentalidad del habitante de México, de Latinoamérica, miembro de la sociedad mexicana, latinoamericana— lo que es patrimonio universal, están poniendo las bases para que otros lleguen a realizar labor propia, esa labor indispensable para la de descolonizar a México en lo académico; bases para que realicen labor intelectual y científica y no la de simples amanuenses o manipuladores de máquinas más o menos complicadas y efectivas, los que impiden que México, o que Latinoamérica, se conviertan en obreros intelectuales que trabajan con herramientas prestadas por países que, en esta *tessitura*, se considerarían como los que capitalizan el patrimonio intelectual humano. Y este proceso de cambio resultaría en beneficio de esos mismos países que durante tanto tiempo nos han brindado el herramental indispensable para nuestros esfuerzos académicos, porque el mismo permitiría una confrontación de las teorías e hipótesis nacidas en su suelo con realidades sociales distintas y —en esto estriba la importancia del cambio— esa confrontación sería hecha *de una manera crítica*, porque no se trataría de, servilmente, tratar de meter las realidades latinoamericanas dentro de los moldes de las concepciones sociológicas europeas o estadounidenses, sino de ver cuáles son todos aquellos casos en los que por romper las realidades sociales latinoamericanas tales moldes se necesita una revisión o reparación de los mismos; reparación o revisión que redundará ineludiblemente en un fortalecimiento, en un mejoramiento de la teoría sociológica, *in genere*, sin especificación de fronteras nacionales o continentales de ningún tipo.

Pero, en cuanto se dice que todo se encamina a evitar, dentro del agrupamiento social académico, el que prosperen los meros difusores de saberes extraños, *no se trata de un final ajuste de cuentas*. No se trata de una de esas liquidaciones totales tan gratas a la juventud, para la cual la vida del Hombre, la vida humana sobre el planeta —¡dorada esperanza que la hace sentirse héroe, y mártir, y sabia, y poderosa!— principia con ella, y precisamente en el momento en que ella —la generación joven— pisa los umbrales de la Historia. No se trata de una liquidación total y, consiguientemente, bárbara. Y no es liquidación no sólo porque, en ánimo compasivo, tratara de dejárselos el sitio a los que van pasando y cuyo ocaso puede ser triste de contemplar. No sólo tampoco porque un elemental deber de gratitud, de solidaridad humana, de comprensión de la genética social nos haga entender que el veterano que desfila ante nuestros ojos —¡y veteranos pueden serlo también algunos jóvenes en estas batallas descomunales del siglo xx!— llevó como nosotros la mirada encendida, y que, gracias a que el fuego de la suya se ha apagado, podemos encender la nuestra en la contemplación de una aspiración más alta. No sólo por todo esto que puede parecer poesía de baratijo, sino porque toda sociedad es conjunción de esfuerzos, y conjunción de esfuerzos escalonados; porque podemos decirles —sin vergüenza alguna, pero asimismo sin insulto— que no nos basta con ellos, así como no hemos de bastarles nosotros a quienes detrás vinieren, pero *que no podemos prescindir de ellos*, en la misma forma en que esperamos que quienes necesariamente habrán de superarnos no pueden prescindir de nosotros; porque, si bien necesitamos creadores en el campo de la investigación social, también precisamos de adaptadores, y de difusores, y de simples enseñantes, y porque la situación semicolonial académica se manifiesta también por esto, por el desarraigo, por ese estar con la raíz al aire; por el hecho de que cada generación lanza por la borda como inútil cuanto pretendió legarle la precedente. Así se explica el que el Director de la Revista Mexicana de Sociología atienda tanto a todo esfuerzo por trazar la historia de las ideas sociales de Latinoamérica. Porque sería indignante el que tuviéramos que esperar a que una tesis doctoral estadounidense o europea viniera a descubrirnos que tenemos antepasados intelectuales de alcurnia en el terreno del pensamiento social y sociológico; porque es obligación nuestra también poner de relieve nuestra prosapia intelectual y, al ponerla, percatarnos de nuestras responsabilidades para el futuro, investirnos de ellas, encarnarlas porque, al fin y al cabo, *noblesse oblige*.

Porque volveríamos a estar en los terrenos de la partenogénesis inte-

lectual si creyéramos que los investigadores creadores, que los investigadores de técnicas y de métodos de investigación han de aparecer en nuestras sociedades por generación espontánea. Contempladas las cosas dentro de las amplias dimensiones de la historia, puede afirmarse que se necesitaron diez millones de profesores mediocres, diez millones de repetidores, para que se produjese un Einstein. ¿Hubiese nacido éste sin ellos? Sí —en caso de que se hubiera producido un milagro—. Y en Einstein premia la Humanidad los esfuerzos de esos diez millones de hombres mediocres, de esos dos millones (o quizá menos) de hombres de talento que hicieron posible la aparición de Einstein. O sea, que, en cada uno de sus hombres, la Humanidad premia a una porción de sí misma, y, en esta forma, afirma su esencia misma porque, no hacerlo, sería atentar contra su condición histórica —y, por desgracia esto ha sido lo que ha ocurrido con frecuencia en Latinoamérica en donde parece que quisiéramos encubrir a nuestros antepasados, no cultivando como es debido el culto de nuestros dioses lares—. Porque, en cada uno de sus hombres, la Humanidad premia a una porción de sí misma y a su esencia misma: en cada uno de sus hombres prominentes, la Humanidad exalta su humanidad: su carácter de cooperadora y de legataria en el plano temporal presente y en el desarrollo histórico cultural. Sobre esta base, descolonizar a México, descolonizar a Latinoamérica en lo académico y abogar por una investigación metodológicamente creadora no puede significar, en modo alguno, renegar de nuestros antepasados ni prescindir de una colaboración indispensable de nuestros contemporáneos, por poco que queramos valorizar los esfuerzos de nuestros antepasados académicos y de nuestros colaboradores actuales que cubren etapas de la enseñanza y de la investigación situadas (el siguiente es un modo de decir que no implica menosprecio alguno), en “escalones inferiores” del territorio académico. Aspirar a otra cosa valdría tanto como aspirar a la epifita floración de la orquídea prescindiendo del musgo sobre el que epifitiza.

Para orientar la investigación descolonizadora de México: listar problemas; hacer de su “amasijo” un todo unitario y coherente (fijarlos en una problemática); descubrir en los problemas reales y en su interconexión problemática los problemas epistemológicos y metodológicos implícitos. Llegar al grito desesperado que en tales ocasiones y en quienes son sinceros no puede menos que oírse: ¡Un enfoque metodológico y problemático-céntrico, nos impondría investigar tales sectores de la realidad social, pero, para conseguirlo, sería indispensable contar con técni-

cas que no poseemos! Y, tras el grito, no quedarse en el desesperanzado: "Puesto que no poseemos tales técnicas, dejemos de lado la investigación de tal sector." Tratar de salir del pantano y, en tanto otros —más afortunados en cuanto pueden caminar con mayor presteza y más firme o seguramente— avanzan en la investigación de aquello para lo cual ya se poseen técnicas adecuadas —perfeccionándolas siempre, porque la técnica se confronta asimismo y se pulimenta al chocar con las realidades a las que se aplica—, quienes hayan de ocuparse de la metodología tendrán que trabajar en la elaboración de los instrumentos adecuados para investigar aquello que es indispensable conocer y a lo que, de momento, no hay forma de acercamiento o de aproximación posible. O sea, que la práctica de la pesquisa social debe ser, en este sentido, una continua incitación metodológica. Sólo de la unión indisoluble —de la vinculación dialéctica— entre pesquisa social y metodología inquisitiva puede resultar la fecundidad de ambas, la creación liberadora, en las ciencias sociales mexicanas o en las ciencias sociales latinoamericanas. . .

Creemos haber consignado algunos puntos que permitan reflexionar acerca de cómo la descolonización académica de México depende, en grado considerable, de un posible desarrollo metodológico. Ahora bien, si hemos de regresar a nuestra hipótesis y, en ella, a nuestra premisa mayor; si es cierto que todas las partes de la sociedad mexicana son solidarias, descolonizar a México en lo académico, como descolonizar a Latinoamérica en este sector, equivale a contribuir a su descolonización en lo económico, pues, si bien dentro de nuestras precautorias —de no inclinarnos por la tesis de que lo cultural sea básico para lo económico o esto para aquello—, no podemos afirmar que tal descolonización académica haya de traer aparejada la descolonización económica del país, si podemos establecer —en cambio— que descolonizar a México y a Latinoamérica en lo académico representa —en la más modesta de las suposiciones— prevenir para el México, para la Latinoamérica del cercano futuro, la aparición de presiones diferenciales disruptivas entre dos sectores de su realidad socio-cultural. Descolonizar a Latinoamérica, y particularmente a México en lo académico, al tiempo que se lucha por descolonizarlo en lo económico, representa asegurar la marcha armónica de las sociedades latinoamericanas —y en especial de la mexicana— hacia el progreso y hacia la integración dentro de esquemas de cooperación académica y económica internacional; representa asegurar su avance firme por los caminos del decoro, de la dignidad, de la justicia.